cial atención a los llamados géneros menores” y “la teología, la lírica, la poética, el feminismo y la música” abrieron caminos “suggerentes en la crítica literaria sorjuanina” (509), que continúan jóvenes estudiosas como Olivares (2008).

Cierra el volumen un índice de ilustraciones, porque cada capítulo decenal incluye imágenes coetáneas: cubiertas, ilustraciones o páginas de libros o periódicos, carteles alusivos, dibujos, diseños, grabados, emblemas, telones, cuadros, caricaturas o instalaciones artísticas. Bienvenido sea.

Guillermo Serés

Universidad Autónoma
de Barcelona

Rosa Perelmuter, editora. *La recepción literaria de sor Juana Inés de la Cruz: un siglo de apreciaciones críticas (1910-2010)*. Recopilación bibliográfica de Luis M. Villar. Nueva York: IDEA (Colección Batihoya, 74), 2021. 634 pp.

Rosa Perelmuter suma su labor como editora y coordinadora a la colección *Batihoya* dirigida por Victoriano Roncero, del Instituto de Estudios Auriseculares (IDEA). En el volumen 74 acomete la enorme tarea de agrupar y analizar “la manera en que la crítica [...] ha leído y valorado a lo largo del siglo XX” la literatura de la poeta y monja mexicana sor Juana Inés de la Cruz. Si bien hubo otras bibliografías de la crítica sorjuanina, como las de Luis M. Villar (2005 y ss.) —quien, de hecho, facilitó las listas bibliográficas a cada uno de los colaboradores del libro— o Alberto Pérez Amador-Adam

(2007), este volumen se despega de aquellos proyectos, ya que se constituye como una bibliografía crítica y razonada del siglo XX. Los/as académicos/as y especialistas que colaboran en el volumen no se dedican, entonces, a la antología, sino al análisis de los estudios sorjuaninos. Las diferentes corrientes de pensamiento que permearon cada momento de la historia, los mojones críticos que hoy son insoslayables y los nombres ineludibles para cualquier sorjuanista son los que se destacan y exploran, distinguiendo derivas y consecuencias críticas y estableciendo distintas líneas de trabajo que se desarrollan durante décadas. A medida que el libro avanza y las bibliografías finales se vuelven más y más sustanciosas, es evidente la necesidad de los colaboradores de armar un recorte y un recorrido por puntos específicos, ya sea a partir de nodos polémicos (como el origen y los últimos años de sor Juana), de aniversarios (como aquellos que tuvieron lugar durante las décadas del 50 y del 90) o de descubrimientos documentales pivotaes (como la fe de bautismo o la *Carta de Monterrey*).

La estructura de los capítulos tiene siempre el mismo comienzo y el mismo final. Cada uno abre con una imagen relativa a sor Juana (un retrato o la portada de un libro fundamental de la década) y cierra con la bibliografía, cuyo conjunto sin duda será una herramienta de gran utilidad y provecho para el público académico, porque no solo enumeran textos críticos, sino ediciones, antologías, traducciones, medios audiovisuales, iconografía, etc. Por otro lado, la acumulación da cuenta de la inmensidad, dispersión y varie-

dad de obras que suscitó sor Juana en este siglo y ver su progresión de 1910 al 2000 —especialmente la inclusión y aumento de las obras de ficción, partituras, musicalizaciones y obras de arte iconográfico— es realmente una descripción topográfica del mapa crítico que se arma sobre una autora, pero también sobre un mito y un ícono nacional.

Los primeros capítulos a cargo de Carmen Mora y Alessandra Luiselli dan cuenta los años comprendidos entre 1910 y 1930, en las que la atracción por la monja estaba superando dos siglos de un apagado interés o de “biografías anodinas” (25). Algunos puntos destacados por las reconocidas críticas son los aportes de la biografía de Amado Nervo de 1910, los acercamientos sistemáticos de Pedro Henríquez Ureña (1917), las ediciones de Abreu Gómez (1928 y 1929), de Toussaint (1927) y el papel preponderante de Dorothy Schons como la principal difusora (y editora de algunos poemas inéditos) de la obra de Sor Juana en los Estados Unidos (1925 y 1926). Luiselli rastrea también la creciente atención en Estados Unidos e Inglaterra, además del interés de la Generación del 27 gracias su fascinación por el gongorismo, lo que ayuda a canonizarla.

Bonnie Gasiór destaca el biografismo de la década de 1930 por la popularidad de los estudios freudianos (Chávez, 1931) basados en la vida escrita por el padre Calleja y en la *Respuesta a sor Filotea*, que cobra mayor popularidad, junto con la *Carta Atenagórica*, editadas por Abreu Gómez en 1930 y 1934. Finalmente, los textos de Pedro Henríquez Ureña, Dorothy Schons y Karl Vossler

se destacan en este momento. A lo largo de 1940, Mindy Badía ve una continuidad respecto de la década anterior debido también al descubrimiento de algunos documentos originales (publicados por Ramírez España, Spell, y Cervantes) que prolongan el marcado interés por la vida de sor Juana y los estudios biográficos. Alfonso Méndez Plancarte comienza a publicar los primeros artículos en *El Universal*, además de *Poetas novohispanos* en 1943-45. En aquellos artículos, el cura crítica el trabajo de Abreu Gómez, lo que le significará editar las obras completas en Fondo de Cultura Económica en la década siguiente. Respecto del gongorismo y el feminismo, Badía analiza las implicancias políticas nacionalistas del estudio del primero, la constante diferencia de los textos de Pedro Henríquez Ureña (*Las corrientes literarias en la América hispánica* de 1949) y el rol que trabajos como los de Josefina Muriel en los conventos coloniales tuvo para el feminismo.

El capítulo más denso del libro es su centro, la década de 1950, atiborrada de homenajes y celebraciones por el trigésimo centenario del —supuesto— nacimiento de Sor Juana en 1951. Dalmacio Rodríguez Hernández y Dalia Hernández Reyes consideran que el hallazgo más importante es el de la fe de bautismo (Salceda, 1951), que marca el natalicio de la monja en 1648 (lo que aun hoy es motivo de disputa). Una parte fundamental de los homenajes la constituyen la publicación de las *Obras Completas* en cuatro tomos editadas y anotadas por Alfonso Méndez Plancarte. El marco religioso de la edición y sus contradicciones

preludian importantes tendencias posteriores. Por otro lado, la revalorización del barroco americano, comenzada en la década anterior por Picón Salas, Reyes, Méndez Plancarte y Henríquez Ureña continúa en los trabajos de Jiménez Rueda, Irving Leonard y José Lezama Lima. Esta recuperación también deriva en un valor nacionalista y americanista que enaltece el pasado virreinal como constitutivo de la identidad criolla. La segunda parte del capítulo se enfoca en las celebraciones del tercer centenario del nacimiento de sor Juana, los actos programados y el aspecto ideológico del decreto presidencial. Por fuera de México también se rastrean homenajes en muchos países de América y Europa.

Durante la década del 60, descrita por Yolanda Martínez-San Miguel y Laura Catelli, se señala el efecto que tuvo (y continuará teniendo) la edición de Fondo de Cultura Económica y el libro de Ludwig Pfandl *Sor Juana Inés de la Cruz. La décima musa de México. Su vida. Su poesía. Su psique* (en español, 1963). Respecto de las *Obras Completas*, Abreu Gómez y William C. Bryant mostraron fallas en la edición de Méndez Plancarte. Las críticas, además, destacan los temas de investigación más frecuentes: la poesía lírica, el *Primero sueño* y la *Respuesta a sor Filotea*. Si bien la “fórmula vida y obra” (309) continúa predominando, la noción de que Sor Juana pueda representar tanto el barroco americano, como los debates epistémicos del momento son los dos temas que las críticas consideran novedosos. Finalmente, apuntan un descubrimiento ignorado, por lo menos hasta los 90,

de Enrique Martínez López de los *Enigmas ofrecidos a la Casa del Placer* en 1968, además de otras omisiones críticas sugestivas.

Enid Valle escribe el capítulo siguiente en el que toma como centro el interés del feminismo —principalmente anglosajón, pero también mexicano— entre los estudios sobre la monja, especialmente a partir de las redondillas “Hombres necios, que acusáis”. Además, apunta que en 1978 y 1979 se publican varios artículos de Octavio Paz en la revista *Vuelta* que anticipan su libro de 1982. Los temas que se estudian en estos años continúan la vía biográfica, sin embargo, comienzan a aparecer análisis de su literatura, por lo que el lugar de la poeta —y principalmente, de su obra— se afianza definitivamente. Marie-Cécile Bénassy-Berling, Emilio Carilla y Jaime Concha analizan la obra en su época y con algunos “congéneres”, como Espinosa Medrano o el Inca Garcilaso, aunque la homologación que Valle considera más acertada es la de Nina Scott, con la inglesa Anne Bradstreet. En México, Carlos Monsiváis, Josefina Muriel y Gabriel Zaid también escriben artículos en revistas o reproducen fragmentos de la obra. Respecto de la poesía, el estudio de mayor alcance lo realiza Antonio Alatorre, quien desde la década siguiente continuará protagonizando los estudios sorjuaninos.

La década del 80, descrita por Dinorah Cortés-Vélez es una pagada de polémicas y publicaciones fundamentales comenzando por la *Carta de Monterrey* (Tapia Méndez, 1980), lo que sienta el tono polémico que tendrán los estudios sorjuaninos en los próximos años. Los ensayos

sobre la vida de sor Juana comienzan a dar un giro y a considerar que los textos más “biográficos” también pueden ser leídos como magistrales ejercicios retóricos, como “La estructura retórica de la *Respuesta a sor Filotea*” de Rosa Perelmuter (1983) o “Las tretas del débil” de Josefina Ludmer (1984). La publicación en 1980 del libro de Francisco de la Maza *Sor Juana Inés de la Cruz ante la historia* y el artículo más filológico “Para leer *Fama y obras póstumas*” de Antonio Alatorre ponen la mirada en la recepción contemporánea. En 1982, Octavio Paz publica *Sor Juana Inés de la Cruz o las trampas de la fe*, quien inaugura la “total incompatibilidad” entre fe y razón (377). Marie-Cécile Bénassy-Berling publica en 1983 *Humanismo y religión en Sor Juana Inés de la Cruz*, en donde analiza las bases de la erudición de la monja y matiza la postura de Paz en tanto “devuelve a Sor Juana al contexto cristiano” (2021, 383). En Estados Unidos, Georgina Sabat de Rivers es considerada la crítica sorjuanina más importante y finalmente, *Plotting Women: Gender and Representation in Mexico* de Jean Franco se publica en 1989, con un capítulo sobre sor Juana donde Franco “aplica una perspectiva abiertamente deconstruccionista” (384). Con el descubrimiento de *La Segunda Celestina*, Guillermo Schmidhuber concluye la década del mismo modo que comenzó, aun cuando en los años venideros su hallazgo sea desafiado.

Guillermo de los Reyes analiza la década de 1990 a partir de varios aniversarios, principalmente, el de la muerte de Sor Juana en 1695. Los descubrimientos vuelven a marcar el rumbo: Antonio Alatorre edita los

Enigmas... (1994), además del libro *Serafina y sor Juana* (1998) con Martha Lilia Tenorio. Allí desafían las hipótesis de Elías Trabulse, quien había descubierto la *Carta de Serafina de Cristo* y postulado que Serafina era la misma sor Juana. Trabulse también estará en el centro de las polémicas, gracias a los supuestos documentos que testimoniaban una “causa secreta” del arzobispo Aguiar y Seijas contra sor Juana, lo que explicaría su “silencio final”. Antonio Alatorre es otra vez quien desafía su autenticidad hacia el final de la década. El autor del capítulo destaca también a los doctorandos que por esas épocas estaban escribiendo y que ya eran “sorjuanistas en ciernes” (2021, 426), pero también enumera a los críticos que ya tenían una carrera en la disciplina y que producen largamente.

Cierra el libro Jeremy Paden con un capítulo muy delimitado, debido a la vastedad de los estudios para analizar. Paden se concentra en zonas de la obra de sor Juana que no habían sido demasiado estudiadas, como las fiestas barrocas y los géneros menores. No deja, sin embargo, de mencionar los libros de Rosa Perelmuter (2004), Margo Glantz (2000) y Antonio Alatorre (2007) que comparten la idea de que la obra de sor Juana no ha sido profundamente analizada. Además, Frederick Luciani (2004) publica un libro que renueva el interés por la lírica, como Glantz y Perelmuter, disociando vida y obra. Sobre las fiestas, Paden enumera los trabajos de Judith Farré Vidal (2007) y de María Águeda Méndez (2009) que complementan el estudio de Dalmacio Rodríguez Hernández (1998). Además, detecta

otros acercamientos interesantes a la música y las técnicas compositivas de sor Juana, por Pamela Long (2009) y Josefina Muriel y Luis Lleidás (2009) y a los Ejercicios devotos por Grady Wray (2005), Elena del Río Parra (2006) y Virginia Bouvier (2005). También recupera un aspecto novedoso en la aparición de sor Juana en libros escolares.

La titánica tarea de recopilar y analizar la bibliografía de un siglo solo puede dominarse si es emprendida por una editora especialista como Rosa Perelmuter, acompañada por el trabajo de un bibliógrafo como Luis M. Villar. El libro ejercita la lectura crítica y la crítica de la lectura, ya que en cada uno de los capítulos, sus autores escogen un recorrido, destacan algunas cuestiones por sobre otras y arman un concierto de voces que, si bien dispares en sus enfoques, armonizan en la continuidad de temas, debates y puntos de interés. Como explica Jeremy Paden en su capítulo, una característica fundamental en el sorjuanismo –y seguramente en los estudios literarios como disciplina– es “la naturaleza cumulativa del estudio académico, que forma una larga conversación entre estudiosos que analizan sus obras juntos, ya como maestro y discípulo, ya como discípulos, a través del ensayo y el simposio” (498). La palabra clave de este libro sea, quizás, “conversación”, ya que no solamente esta se ha dado entre los críticos citados, sino entre los/as autores/as de cada sección que hacen dialogar sus selecciones con las anteriores, eliminando la sensación de corte que promueve la división en capítulos y

afianzando el verdadero flujo de las ideas que es el sorjuanismo.

Carla Fumagalli

Universidad de Buenos Aires /
CONICET

Pedro Guíbovich Pérez. *Imprimir en Lima durante la colonia. Historia y documentos, 1584-1750*. Madrid: Iberoamericana/Vervuert, 2019. 324 pp.

Desde el asentamiento del impresor turinés Antonio Ricardo en 1584 en Lima, procedente de México, hasta mediados del siglo XVIII, cuando las reformas borbónicas comenzaban a modificar el paisaje político, económico, social y cultural de la ciudad, el último libro de Pedro Guíbovich estudia el ciclo reproductivo del libro en la colonia, desde su concepción a su materialización impresa y posterior distribución. De una manera similar a los antiguos relojeros, Guíbovich, una vez observada atentamente la actividad y movimiento de la cadena completa, desmonta y explica las piezas y luego la reconstruye y le da cuerda para que el lector se haga una idea precisa del funcionamiento de una imprenta en la Lima colonial, de qué se imprimía y qué no; de la composición del propio libro y demás impresos; de quiénes eran los agentes implicados en el proceso; de cuál y cómo era la trama compleja de relaciones existentes entre ellos, entre los distintos poderes activos en la ciudad, civiles o eclesiásticos; y los condicionamientos jurídicos a los que los oficios de escritor, impresor, editor o librero estaban sujetos.